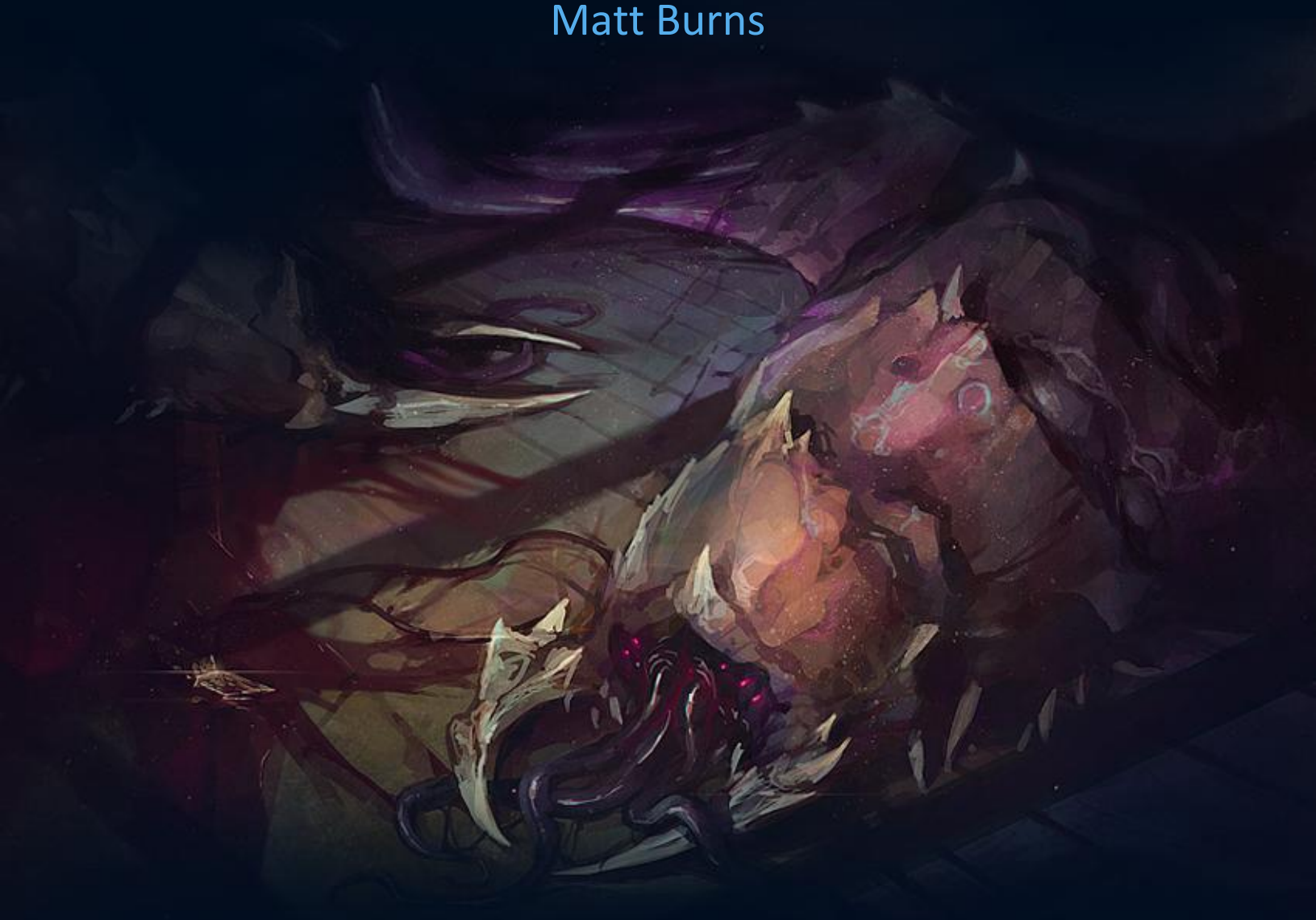


STAR CRAFT

EN LA SANGRE

Matt Burns



BILZARD
ENTERTAINMENT

BIP.

BIP.

BIIIIIIIP.

El operario del puerto despertó con un sudor frío, como de costumbre. El transponedor que llevaba implantado en la muñeca ululaba su estridente alarma a intervalos de cinco segundos. El jefe, Ivan, llamaba. Llegaba nueva mercancía.

El instinto tomó el control, dando instrucciones al cuerpo del operario. Las glándulas suprarrenales vertieron en sus venas su propio paquete de estimulantes naturales. Los pulmones se le hincharon. El corazón se le aceleró. Glóbulos cargados de oxígeno se desparramaron en tropel por el tejido muscular mientras iniciaba el ritual del despertar.

El operario se escurrió del mohoso asiento de piloto en el que dormía y se deslizó en el interior de un mono mugriento reforzado con una capa finísima de fibra de neoacero como protección contra armas blancas. Unas luces pálidas parpadearon en lo alto, iluminando el hogar del operario: la cabina destartada de un transporte planetario. Hurgó entre los destripados componentes electrónicos esparcidos por el suelo en busca de un paquete de raciones de emergencia. No hubo suerte.

El impulso de irse, de obedecer la llamada de Ivan, era fuerte, pero el ritual no había terminado. Se acercó a toda prisa al corroído panel de control del transporte planetario e introdujo la mano en un compartimento abierto. Al sacarla de la oscuridad sostenía una insignia dorada de piloto atada a un cordón de goma. El operario se la deslizó por encima de la cabeza y el metal se posó sobre su pecho, frío, fuerte y tranquilizador.

Pronunció despacio su propio nombre: "Vik". A veces era fácil olvidarse cuando los días se fundían en una larga serie de experiencias cercanas a la muerte. "Yo no soy como *ellos*... Yo soy Vik."

El operario llamado Vik salió a todo correr de su transporte planetario, cerrando al irse las cerraduras electromagnéticas. Se tomó un breve instante para aclimatarse al entorno, para que sus órganos sensoriales asimilaran el nuevo día. Sobre su cabeza se cernía un espeso miasma gris que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Una débil luz diurna reptaba por la superficie de retorcidos cascos de naves, vigas de metal y otros desperdicios que conformaban las principales calles de Deadman's Port. *Hogar, dulce hogar.*

La ciudad-vertedero bullía de actividad, un zumbido como de insecto que daba una falsa ilusión de vida incipiente a un lugar atrapado en una decadencia perpetua. En algún lugar, unos traficantes cargaban un centenar de kilos de jab cortado con disolventes industriales en cajas con destino a niños ricos de Turaxis II. En algún lugar, unos refugiados que creían haber comprado un billete al paraíso desembarcaban de su transporte para ir a parar a los efusivos brazos de unos explotadores.

Un día como otro cualquiera en el puerto.

Otros operarios estaban enfrascados en sus quehaceres diarios, moviendo producto para los capos locales, haciendo algún que otro trabajito para garitos y burdeles o afanando mercancías en el puerto estelar. Su piel roñosa y su ropa sucia les servían de camuflaje natural en aquellos entornos plomizos. A los que eran como Vik, la gente los llamaba de muchas maneras: garrapatas, parásitos, sanguijuelas. A él no le parecía mal. Abandonados e indeseados en una ciudad ubicada entre las huellas de la suela de los zapatos de la humanidad, se habían convertido en animales para sobrevivir.

Yo soy Vik. No soy como ellos...

Zigagueó por las calles polvorientas con paso acompasado y con la vista básicamente al frente. Echaba algún vistazo a los transeúntes, fijándose en el sutil flujo de sangre bajo la piel de estos, señales biológicas inconscientes que podían alertar de un ataque inminente. Pasó por encima de un cadáver cubierto de sarnosas nerratas de ojos rojos. De hacía unos cuantos días, a juzgar por el aspecto. En los callejones no se enterraba a nadie.

Al cabo de no mucho, vio ya el taller de desguace de Ivan. Aquella refinería de vespeno acondicionada se alzaba justo en los límites de Deadman's Port. El operario avanzaba deprisa, contento de haber salido indemne del trance, cuando desde detrás de una esquina alguien extendió los brazos y lo agarró por la solapa.

Apretó los puños y se dispuso a defenderse hasta que vio al atacante: otro operario. Al igual que Vik, y que cualquier otro de los de su clase, el asaltante vestía ropa raída y llevaba la cabeza rapada con picaduras de insecto recientes. Tenía un aspecto peligroso. Era el único amigo de Vik.

"Vuelves a llegar tarde. Yo también me la cargo, ¿sabes?", dijo Serj mientras lo soltaba.

"Que te den." Una sonrisa se perfiló en el rostro de Vik mientras alzaba la cabeza para mirar al otro operario.

Serj era grandote. Podía haber sido un auténtico rompehuesos en el equipo de algún capo, pero tenía muchas luces, algo que no abundaba en el puerto. Los dos operarios se habían conocido en las calles y habían combinado su afición a la ingeniería, a hacer reparaciones y a vender cosas para ahorrar los créditos suficientes para poder marcharse del puerto. Habían hecho el pacto de irse de aquel lugar a su manera, sin tener que convertirse en poco más que animales de dos patas como el resto de operarios. Entonces Ivan se enteró de sus talentos, los "contrató" y les implantó transponedores en los brazos. La contratación no era negociable. Vik y Serj pensaban en huir de vez en cuando, pero sin dinero no había adonde ir.

"Déjamela ver." Serj señaló el pecho de Vik.

"¿Quieres llevarla hoy?", dijo el otro operario mientras se sacaba la insignia de piloto. Serj la había encontrado en un fiambre en los callejones. Era la única cosa que les había hecho tener la vista puesta en el futuro en los últimos años. Aun así, Vik no era ya tan optimista como antes. Cada vez que los dos operarios comenzaban a ahorrar un buen puñado de créditos, una pandilla de operarios les robaba, o se quedaban sin comida y tenían que gastar sus ahorros en conseguir más. Siempre pasaba algo. La vida en el puerto se encargaba de reducirte a una sombra de lo que eras. Te desgastaba. Ajava tus sueños.

"Nah. Quédatela. ¿Has dicho las palabras esta mañana?"

"Claro. ¿Y tú?"

"Soy yo el que te las enseñó, burro." Serj le dio un empujón en el hombro. "Por cierto", dijo el gran operario mientras le lanzaba un pack de raciones de emergencia a su amigo. "Se te oía el estómago gruñir desde la otra punta de la calle."

Vik se encogió de hombros, algo avergonzado, y luego inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. "No será tu última, ¿no?"

"Come", fue lo único que respondió Serj. Vik sabía que más valía no discutir con él. No servía de nada.

Mientras ingería la mezcla gelatinosa de nutrientes, se fijó en las ojeras de su amigo. Serj parecía cada día un poco más agotado, y Vik se preguntaba hasta qué punto influía en ello que su amigo estuviera siempre cuidando de él. Vik nunca había tenido una familia —ningún operario la tenía—, pero si el concepto de "hermano mayor" existía aquí, en fin, Serj era el mejor ejemplo.

"Vamos." Serj se dirigió a las puertas de emergencia abiertas del taller. "Ha llegado algo gordo."

Vik se puso a pensar en cuál sería el tipo de tecnología al que hoy podría meter mano. El equipo de Ivan había perfeccionado el arte de la piratería selectiva, secuestrando transportes individuales que llevaban artículos de contrabando. Normalmente los chicos de Ivan traían productos médicos o cosas de comida, pero de vez en cuando se descolgaban con alguna tecnología poco común que Vik estudiaba antes de que su jefe la vendiera al mejor postor. Esos días valían la pena.

"¿Y bien? ¿De qué se trata?", le apremió Vik.

Serj se dio media vuelta. Había algo en sus ojos... aversión... inquietud... miedo.

Los instintos de Vik saltaron. *Huye*.

"Zerg."

Vik había oído hablar de los zerg, como todo el mundo. Algunos años antes habían aparecido en espacio terran y causado estragos, destruyendo mundos y masacrando a millones de colonos. Incluso la Confederación terran —el mayor gobierno del sector Koprulu en aquella época— había sucumbido y desaparecido tras la invasión alienígena. Los zerg eran pesadillas. Eran los *enemigos* de todos los terran.

Se los había imaginado más grandes.

Tres de las criaturas, más o menos la mitad de grandes que Vik, yacían en el suelo de la sala principal del taller de desguace. Unos caparazones gruesos y con púas cubrían sus cuerpos segmentados, sostenidos por hileras de patas diminutas. De la cabeza de cada alienígena se extendían unas mandíbulas dentadas que enmarcaban una serie de ojos polifacéticos apagados, casi sin vida.

Junto a las criaturas había una caja de neoacero acribillada de tres metros de largo por dos de profundidad. Por el hielo cristalizado que se había endurecido en los bordes, Vik supuso que se trataba de algún tipo de congelador o contenedor criogénico.

"No parecen tan duros." Hutchins, uno de los mercenarios de Ivan, levantó y sostuvo un zerg, haciendo que sus propios tatuajes luminiscentes se contrajeran al flexionar sus músculos por el esfuerzo. Los otros mercenarios se encontraban alrededor de los alienígenas y de un montón de bandoleras, cuchillos, miembros cibernéticos y armaduras abolladas.

Los operarios rodearon el grupo para ver mejor, más allá de las torres de contenedores de envío. La sala central del taller era un espacio cavernoso y con olor a humedad iluminado por crudos reflectores. Motores oxidados colgaban de cadenas aún más herrumbrosas en las oscuras vigas del techo. En los diez años que llevaba al servicio de Ivan, Vik había ayudado a reformar y mejorar gran parte del taller. Era su segundo hogar: una prisión diseñada por él mismo.

"Es de Ivan. Suéltalo." La voz áspera de Jace era como un viejo motor en las últimas. Aquella mole de hombre, mucho más alto que los demás trabajadores, se rascaba una antigua y arrugada cicatriz que recorría su rostro de oreja a oreja.

"El jefe no encontrará comprador." Hutchins zarandeó al zerg en el aire. Vik esperaba que el alienígena se encabritara y desgarrara al hombre por la mitad. En vez de eso se quedó ahí colgando sin más, indefenso. Decepcionante. "No comerciamos con seres vivos. Más valdría echárselos a los perros. Al menos nos divertiríamos."

"Ya te has divertido bastante." Jace señaló los agujeros de bala del congelador dándole un toque con la bota.

Hutchins resopló. "Venga ya. El contrabandista nos disparó, así que le devolví el fuego. No es culpa mía que usara su propio cargamento como barricada."

"Lo único que digo es que Ivan ya te la tiene tomada." Jace se encogió de hombros.

El otro mercenario soltó al zerg, y Vik se estremeció cuando el alienígena chocó contra el suelo de metal. Hutchins era uno de los miembros más recientes del equipo, y ya se había metido en líos en otras ocasiones, pero esta vez era diferente. Nunca tontees con lo que es del jefe. *Nunca, nunca, nunca.*

Ivan, no obstante, no se encontraba allí. Probablemente estaba encerrado en su despacho privado, haciendo contactos y buscando posibles compradores. Aun así, el simple hecho de asistir a aquel acto de desobediencia ya hacía que Vik se sintiera incómodo.

"Deberíamos irnos", le susurró Vik a Serj. Su amigo no respondió. Al igual que los mercenarios, tenía su atención puesta en los alienígenas.

Vik movió los pies y echó una mirada por toda la sala. Algo se movió entre las sombras de una entrada que daba al centro del taller. *Ivan...* observando. Una gran criatura de cuatro patas acompañaba al jefe.

"¿Qué me decís de una apuesta entre caballeros?" Hutchins se desenfundó una pistola del cinto y apuntó a uno de los zerg. "Yo digo que mi P220 puede perforarles la coraza. ¿Alguien se anima?"

Nadie tuvo oportunidad de responder. Ivan señaló con un movimiento rápido de la mano al mercenario, a modo de orden silenciosa que solo Vik presenció. El animal junto a él gruñó y brincó hacia la zona iluminada, revelándose como uno de los perros esquistos del jefe. El moteado canino dio un gran salto y derribó a Hutchins.

"¡Quitádmelo!", bramó el mercenario mientras las mandíbulas del sabueso se le aferraban al brazo. Hutchins golpeó con el puño las fibrosas placas ricas en hierro de la piel del perro, pero solo consiguió irritar más a la bestia.

Ivan se acercó como si tal cosa a la concurrencia, vestido con su característico traje negro. Tenía un aspecto benévolo al lado de aquellos mercenarios fuertemente armados, salvo por los ojos. Eran unos ojos atentos y fríos, del color del hielo. El jefe se cernió sobre Hutchins y el perro mientras forcejeaban en el suelo.

"¡No he hecho nada!", gritó el mercenario.

"No es lo que hiciste, es lo que pensabas hacer. Solo porque un perro rabioso no muerda, no significa que esté cuerdo. Es solo cuestión de tiempo que una bestia así hiera a alguien."

"Ya lo pilló, jefe. ¡Lo pilló! ¡Quítemelo de encima!"

Ivan chasqueó los dedos y el perro soltó a su presa.

"Hostia bendita, jefe." Hutchins se examinó una marca de mordedura ensangrentada en el brazo mientras se incorporaba.

"Deberías darme las gracias, Hutch." Ivan recogió del suelo la P220 que se le había caído al mercenario. "He evitado que hicieras el ridículo con esa apuesta."

"¿A qué se refiere?"

"Los zerg estos son unos cabroncetes muy duros. Larvas, se llaman. Durante la guerra, incluso los soldados confederados armados con fusiles gauss las pasaban canutas para tumbarlos. ¿Tu P220?" Ivan miró el arma con desdén. "No hay color."

El jefe de Vik dirigió lentamente la pistola hacia uno de los zerg. "La bala habría rebotado limpiamente así", dijo mientras tocaba con la pistola al alienígena y luego la hacía retroceder describiendo un arco en dirección a Hutchins. Se detuvo con la P220 pegada al pecho del mercenario. "Y habría acabado aquí."

Hutchins no dijo una palabra. Al jefe le gustaba tomar el pelo a la gente. Jugar con ella. Vik no sabía nunca cuándo iba en serio o gastaba una broma. En una ciudad en la que la supervivencia dependía de saber anticiparte al siguiente paso de tu oponente, Ivan era siempre terrorífico por su imprevisibilidad.

"¿Ves?" Ivan esbozó una sonrisa burlona y con la mano libre le dio unas palmaditas en el hombro al mercenario, aliviando la tensión. "Habrías sido el blanco de todas las bromas desde aquí hasta Moria. Los mercenarios de todo el sector se habrían desternillado comentando cómo te mató una larva zerg."

Hutchins soltó una risita forzada. "Ya, ya. Lo pillo."

"Ahora, al menos, dirán que fui yo."

El disparo retumbó en los oídos de Vik al apretar Ivan el gatillo, y le abrió un boquete en el pecho a Hutchins, con su armadura y todo. El mercenario cayó sin vida sobre una pila de cajas cual muñeca de trapo.

Ivan señaló el cuerpo del mercenario y chasqueó la lengua. Su perro se abalanzó sobre Hutchins y se puso a mordisquearlo. "No es complicado, chicos", dijo. "Vosotros traéis el producto y yo lo vendo. Hasta entonces, nada de toquetearlo."

Los mercenarios asintieron sin echarle ninguna mirada más a Hutchins. ¿Por qué iban a hacerlo? Estaban vivos. Habían sobrevivido un día más. Era lo único que importaba.

"¿Has encontrado comprador, jefe?" Jace se rascaba la cicatriz despreocupadamente.

Ivan golpeó el refrigerador con los nudillos. "Resulta que el contrabandista al que asaltasteis le traía esta mercancía a una rata de laboratorio que se llama Branamoor. He tenido que echar mano de muchos favores solo para obtener esta información."

"¿Un comprador privado?", preguntó Jace.

"No creo", dijo Ivan. "No es la primera vez que los contrabandistas le hacían una entrega, así que estará forrado. Del gobierno, seguramente. No he podido averiguar de cuál. Tal vez de Umoja, pero apostaría a que es del Dominio. Siempre andan metidos en alguna mierda. Pero eso da igual." Ivan espantó unas cuantas moscas que se arremolinaban junto al cadáver de Hutchins. "Lo importante es que he conseguido contactar con Branamoor a través de un intermediario. No le interesa que se sepa nada de todo esto. Si es del Dominio, lo último que le conviene es que la UNN emita un reportaje sobre cómo trafica con zerg vivos. Pero está como loco por tener estas monedas... lo bastante como para enviar aquí a uno de sus ayudantes para recogerlas. Cuatro días."

"¿Cuánto?" Jace hizo la pregunta en la que pensaban todos los mercenarios. Se llevaban una parte del total que se obtenía en el mercado negro por los artículos robados. Una carga valiosa podía representar una pequeña fortuna.

"Lo sabréis cuando hagamos el intercambio, como siempre. A trabajar." Ivan se giró hacia Vik y Serj mientras los mercenarios se iban sin prisa a inventariar otros productos saqueados. "Operarios. Los compradores quieren que este aparato terran funcione cuando vengan a por él. Quiero que queden satisfechos."

Porque la rata de laboratorio no sabe que los han sacado, pensó para sus adentros Vik. Sabía cómo iba el juego: nunca enseñes tus cartas. Probablemente el comprador aún creía que el producto estaba a salvo

en la caja. Sin embargo el operario no veía qué diferencia había, a menos que dejar a los alienígenas fuera constituyera un peligro.

"Encerrad a los zerg en una de las jaulas de los perros vacías", continuó Ivan. "Vigiladlos mientras arregláis la caja. Si pasa algo, si alguien les toca las narices, venid a verme."

"Claro, jefe." Solo pensar en estar en una jaula con los zerg le ponía a Vik la piel de gallina.

"El comprador los quiere vivos. ¿Entendido?"

Serj salió de su aturdimiento y apartó la vista de los zerg. "Recibido, jefe."

Vik asintió profusamente mientras los ojos se le iban hacia el perro esquivo. La bestia desenrolló la lengua entre hileras de colmillos amarillentos y se puso a lamer el charco de sangre que se había formado junto a Hutchins. Cuando Ivan dio media vuelta y silbó, el perro de caza corrió junto a su amo, dejando atrás el resto de su comida.

Buen perro.

La perrera estaba en un largo pasillo en la parte de atrás del taller, y la única entrada era una puerta oxidada que llevaba al centro de la instalación. El lugar se reservaba para antiguos productos que el jefe no había podido colocar a nadie. Cajas de envío repletas de granadas de fragmentación de la Guerra de los Gremios, repuestos, suministros médicos y artículos industriales se apilaban en las paredes. Toda un ala de la sala estaba ocupada por recintos con transportes y naves de combate vengador averiadas. Vik había trabajado en todos los vehículos en algún momento u otro. Les había puesto nombre a todos. Le gustaban las máquinas, siempre le habían gustado. Si no era por un mal mantenimiento o alguna influencia externa, funcionaban como se esperaba.

Los seres vivos, en cambio... Vik nunca sabía qué iban a hacer en un momento dado.

Tras buscar un redil vacío, los operarios arrastraron adentro el congelador y los zerg. Vik accedió a encargarse de las reparaciones con la esperanza de que al trabajar en la caja pudiera ignorar a los alienígenas hasta que los hubiera perdido de vista para siempre. Serj, sin nada que hacer, se repantingó contra la cerca del redil y puso toda su atención en una consola remota, buscando información sobre las larvas en la hipernet. La red iba llena de planes militares secretos y documentos gubernamentales confidenciales: básicamente porquería de los tiempos de la Confederación. Si sabías dónde buscar, como era el caso de Serj, podías encontrar de todo.

Cerca de ellos, diez perros de caza furiosos aullaban, abriendo y cerrando sus mandíbulas y arrojando sus cuerpos metálicos contra la alambrada de su jaula. Debían de haber olido a los zerg. Vik suspiró y golpeó la valla de su propia jaula, pero los perros no callaban. Había oído que los animales, oriundos de Korhal IV, eran antes como unos peluches adorables. El mejor amigo del hombre. Pero entonces la Confederación lanzó un ataque nuclear contra aquel planeta rebelde con un millar de misiles de clase Apocalipsis, friendo al instante a treinta y cinco millones de terran. Algunos de los sabuesos, no obstante, sobrevivieron. Deformados e irradiados, se desperdigaron por un páramo de escombros y

cristales. Comían cualquier cosa que su mutado sistema digestivo pudiera procesar. Eran auténticos supervivientes, endurecidos por haber estado al borde de la extinción. A Ivan le gustaba eso.

Vik los encontraba molestos. Procuró aislarse de los ladridos mientras se ponía unas gafas térmicas y se agachaba ante la caja para evaluar los daños. Su visión se descompuso en un mar de formas caloríficas cambiantes. Chorros de frío azul se escapaban del contenedor a través de ocho agujeros de bala dispersos. El impacto de las balas había provocado además fracturas por estrés, invisibles a simple vista, por toda la carcasa externa del congelador.

El almacén no era gran cosa, pero la tecnología que contenía no era moco de pavo. Funcionaba con un motor termosónico que usaba ondas sonoras de gran amplitud para extraer el calor y dejar a los zerg a temperaturas de congelación. Unos delicados sensores transmitían el estado de cada larva a tres pequeñas pantallas acopladas a la parte superior de la caja. Todo ello alimentado con una sola batería. Material frágil. Por lo que Vik veía, todo el conjunto había sobrevivido al tiroteo de Hutchins contra el propietario original. Iba a necesitar algún remiendo, pero eso era todo. Unos pocos días de trabajo.

Vik encendió una antorcha de plasma y se puso a ello. De vez en cuando le llegaba el sonido de la consola de Serj.

"... las larvas son la columna vertebral del Enjambre, las herramientas necesarias para construir un ejército zerg. Se las podría considerar una 'súper reserva biológica'. Contienen el ADN de todo el colectivo alienígena. Ese es el motivo de que puedan transformarse en casi cualquier especie zerg."

"No me extraña que la rata de laboratorio ande detrás de estas cosas, ¿eh?". Serj le dio a Vik un toquecito en la pierna con la bota. "Toda esa información contenida en su interior... debe de valer una fortuna."

Vik asintió distraídamente para contentar a su amigo, esperando que este acabara aburriéndose de los vídeos. Pero no fue así.

Unas cuantas horas después, Serj le arrancó las gafas de la cara a Vik y le puso la consola en los morros. "Esto tienes que verlo." En la pantalla se mostraban varios vídeos: larvas transformándose en montones de carne palpitante. Los capullos se reventaban y del interior brotaban los monstruos que Vik había visto en la UNN: hidraliscos, zergling, mutaliscos y otras bestias grotescas. Criaturas de pesadilla.

"Los superamos zerg dan instrucciones psiónicas a las larvas, iniciando su metamorfosis", decía la monótona narración del vídeo. "La duración de la fase de crisálida depende de la complejidad del organismo final."

Vik echó una mirada a las larvas y se sobresaltó. Habían girado sus largos y serrados cuerpos hacia él. Sus mandíbulas chasqueaban. Sus alargadas patas raspaban el suelo. A Vik le dio un escalofrío.

"Yo pensaba que no eran más que unas babosas gordas, ¿sabes? ", dijo Serj. "Y son peligrosas."

"Aún no han cambiado. No creo que lo hagan." Vik apartó la vista de los alienígenas.

Serj giró la consola hacia las larvas, reproduciendo de nuevo los vídeos de las transformaciones. "Sí, bueno... Tal vez tengan que verlo. Aún no saben cómo se hace."

"Para ya." Vik le dio una patada a su amigo. "¿Quieres que se transformen?"

Serj se encogió de hombros. "Es que es una pena. No sé... Podrían ser mucho más que eso."

"Ya. Y luego se nos comerían."

"Tal vez..." Serj estiró las palabras, como fantaseando. Se recostó contra la valla de la jaula y examinó los vídeos de las larvas transformándose, poniéndoselos una y otra vez.

"A comer, chicos." Serj vació dos paquetes de raciones delante de los zerg. De entre las mandíbulas de las larvas se deslizaron unos tentáculos de un rojo intenso. Palparon las gachas durante algunos segundos, pero no se las comieron.

"Qué desperdicio de comida," refunfuñó Vik.

"Vamos, que no está tan malo", dijo Serj a los zerg.

Clic. Vik se estremeció al oír el ruido. Jace y dos de sus compañeros mercenarios estaban junto al redil, sacando fotos de los alienígenas con sus fonos.

"Qué bonito. Bonito de verdad", sonrió Jace.

Vik los ignoró como siempre hacía. Al final se aburrirían y se irían. Solo querían recordarse a sí mismos que no estaban en lo más bajo del escalafón.

Se oyó un crujido de metal cuando Jace abrió la puerta del redil y entró. Se arrodilló y extendió su enorme mano hacia los zerg. "Tanto que hablan en la UNN sobre lo chungas que son estas cosas..."

Serj apartó el brazo de Jace de un manotazo. Vik se giró lentamente, gritando mentalmente. *Idiota.* ¿Qué mosca le había picado?

"Te desgarrarían como si nada si estuvieran en su forma auténtica", dijo el gran operario. "Se convierten en otros zerg."

"Tenemos un científico en el equipo", rió uno de los mercenarios.

Jace no sonreía. Se levantó, mirando amenazadoramente a Serj. "¿Me acabas de dar un puñetero guantazo?"

En vez de echarse para atrás como debería haber hecho, Serj imitó su postura desafiante. "No recuerdo que Ivan dijera que esto es asunto tuyo."

Los dos hombres se quedaron mirándose uno a otro durante un largo instante, a ver quién aguantaba más.

"¡Creía haberos dicho que los zerg no se tocaban hasta la entrega!" La voz de Ivan sonó a través de la sala. El jefe de Vik se acercó al redil mientras los mercenarios se encogían.

"Solo quería echarles un vistazo, jefe." Jace se tocó la cicatriz. "No todos los días se ven zerg."

"Ya los habéis visto bastante."

Los mercenarios se marcharon sin rechistar. Cuando ya se habían ido, Ivan dijo: "Situación."

"Pronto", contestó Serj.

"¿'Pronto'?"

"Pronto, *jefe*". Vik corrigió la metedura de pata de su amigo.

Ivan golpeó con el revés de la mano al menor de los operarios. Vik sintió una punzada de dolor en la comisura de la boca. Su jefe, no obstante, no apartó ni un momento los ojos de Serj. Su dura mirada estaba fija en él. Vik observó que los músculos de su amigo se tensaban, pero al cabo de un instante sus hombros se relajaron.

"Pronto, *jefe*", dijo al fin.

"'Pronto' era ayer. Veinticuatro horas." Ivan se marchó antes de que los operarios pudieran contestar.

"¿Estás bien?" Serj le puso la mano en el hombro a Vik.

"No gracias a ti." Se lamió la herida del labio. "¿A qué ha venido eso?"

"Es solo que... estoy cansado de sus estupideces."

"Yo también. Por eso no les doy motivos para que empiecen", dijo Vik. Ninguno de los dos había cargado jamás contra alguno de los mercenarios. Siempre se lo habían tomado con calma: cuestión de supervivencia. Pasar desapercibidos. Esconderse a plena vista. Obedecer. Esas eran las *reglas*.

"Lo sé. Pero cuando veo estas cosas..." Serj señaló las larvas con un gesto. "No parecen nada del otro mundo, ya sabes, pero con todo ese ADN dentro podrían ser cualquier cosa. Me ha dado por pensar... Da igual."

Serj se apoyó en la valla y se puso a mirar de nuevo la consola. Vik se serenó al volver a meterse en faena. Al cabo de unas cuantas horas más de ajustes, terminó de reparar los orificios de bala y las fracturas por estrés usando retazos de neoacero. La cosa pintaba bien. Pero en el puerto, cuando eso ocurría lo normal era que algo te estuviera esperando para volver a golpearte duro.

Vik encendió la caja, pero solo obtuvo silencio. Entre reniegos, inspeccionó de nuevo el contenedor y descubrió un pequeño pinchazo en la batería en el que no se había fijado. Había sido atravesada por metralla de un cartucho de P220. Era posible reparar el núcleo de la batería, pero llevaría por lo menos una semana. El operario rebuscó por el taller y sacó tres baterías de antigua generación, convencido de que podría instalarlas en el contenedor. Sería un trabajo peligroso. Un paso en falso y las baterías podían explotar y arrancarle las manos. Pero incluso eso era mejor que no cumplir con el plazo de Ivan.

"Vik...", masculló Serj más entrada la noche. "¿Cuánto crees que falta?"

"Medio día." Vik apartó un microsoldador de las baterías. Se limpió el sudor y la mugre de la frente. "Tiempo de sobra antes de la entrega."

"No creo que tengamos tanto tiempo." El operario giró la consola hacia Vik. En pantalla aparecía un terreno viscoso de color morado. Estaba lleno de larvas aquí y allá, como nerratas sobre la carroña.

"Para sobrevivir, las larvas dependen de la biomateria, la biomasa que alimenta a las colmenas zerg. Si una larva es aislada de ella, su duración se reduce de forma drástica. Se calcula que el tiempo de supervivencia puede ser de entre horas y días."

"Horas", dijo Serj. "Por eso el comprador las quería en la caja."

Vik se estremeció al recordar al perro de Ivan lamiendo la sangre del suelo y mordisqueando la carne de Hutchins. Sin decir nada, se inclinó sobre la caja y tocó las baterías con el microsoldador. Se centró en la tarea que lo ocupaba, y se olvidó de cuanto lo rodeaba. Siguió así toda la noche, medio adormilado y espoleado por el terror. Era el mejor trabajo que había hecho en su vida. Hacia el mediodía siguiente había terminado con la caja, conservando las manos, y la encendió. Luces verdes. *Listo.*

"Lo conseguimos, Serj. Bueno, lo conseguí yo", bromeó Vik. Otro trabajo completado. Otro desastre evitado. Otro día de supervivencia. Apretó los puños triunfalmente mientras se giraba hacia las larvas. Serj estaba encorvado sobre una de ellas.

"Está muerta", dijo su amigo sin emoción alguna. "Ha dejado de mover las patitas."

"Se va a dar cuenta." El microsoldador temblaba en la mano de Vik. *"Se va a dar cuenta."*

Habían metido las larvas en la caja, colocando la muerta en la izquierda. Las pantallas de signos vitales en lo alto del contenedor eran relativamente rudimentarias. Cada una mostraba una luz verde o roja en función de si el espécimen de dentro estaba vivo o muerto. Eran fáciles de cambiar. La cuestión era si Ivan se lo tragaría. El jefe de Vik era meticuloso con sus productos.

"Olvidalo." Serj caminaba de un lado a otro del redil. "No importa."

"¿Que lo olvide?" Vik dio los últimos toques a la pantalla de encima de la larva muerta. Pasó del rojo al verde. "Tenemos dos opciones: o se lo decimos, o lo engañamos. La primera no la recomiendo."

"O nos las llevamos. Las vendemos nosotros." Serj se puso en cuclillas junto al otro operario y habló en voz baja. "Piénsalo. Siempre hablamos de largarnos de este peñasco, ¿no? Es el momento. Las larvas valen una fortuna. De lo contrario, ¿por qué iba el comprador a venir a este vertedero a por ellas? Si es verdad que es una rata de laboratorio del gobierno, no trataría con gente como Ivan a menos que estuviera desesperado."

"Es propiedad de Ivan."

"La *robó*. Es tan nuestra como suya."

"¿A ti qué te pasa? Un día estás bien, y al día siguiente..."

Serj soltó una risotada fría y triste. "¿Al día siguiente qué? ¿Que ya no actúo como un perro? ¿Que no agacho la cabeza en cuanto oigo las botas de Ivan detrás de mí? Cada mañana hacemos nuestro ritual para no olvidar que no somos animales. Luego venimos aquí y nos tratan como tales. Estoy harto de esto... simplemente... harto..."

"Pasar desapercibidos. Esperar el momento oportuno y acumular créditos. Así es como lo hacemos. Eso es lo que me enseñaste."

"Llevamos años trabajando, ¿y qué hemos conseguido? Nada. Pero si..."

"¡Operarios!", gritó Ivan. Se giraron hacia su jefe mientras este se acercaba al redil. "Situación."

"Acabamos de terminar, jefe", dijo Vik. Tal vez por primera vez en su vida, se sintió aliviado de ver a Ivan. Confiaba en que la presencia del jefe hiciera entrar en razón a Serj. "Los zerg están dentro. Bien cerrados."

Ivan abrió la caja y echó un vistazo a las tres larvas, que se estaban cubriendo con una nueva capa de escarcha. Vivas o muertas, todas parecían iguales. Las tres pantallas de la tapa de la caja emitían un brillo verde.

Vik contuvo la respiración hasta que su jefe asintió con la cabeza. "Bien. Ya habéis acabado aquí."

El operario aguardó a que Ivan estuviera lo suficientemente lejos para hablar. "Vámonos. Olvídate de tu absurda idea."

"No." Serj se plantó. "Lo que es absurdo es vivir así. Podríamos hacer cualquier cosa... ser cualquier cosa... pero aceptamos que nos traten así. Esto ha durado demasiado. Bueno, ¿vas a ayudarme o no?"

"Es... es demasiado peligroso, tío. Es..."

Serj metió la mano en el mono de Vik y sacó la insignia de piloto. Dio un fuerte tirón, partiendo el cordón de goma. "¿Por qué llevas esto si no te importa vivir toda tu vida como uno de los perros de Ivan? Trabajarás sin parar y luego te morirás. Y a nadie le importará un pimiento. Naciste siendo un operario de puerto, y como tal morirás."

Basta. Ya había tenido suficiente. Vik se dejó llevar por la emoción y se abalanzó contra Serj. Su amigo lo agarró de la solapa y lo lanzó contra la alambrada.

"Vamos. Vete corriendo a casa." Serj se metió la insignia en el bolsillo. "Espera la llamada de Ivan como un buen perro."

Y eso es lo que hizo Vik, con la rabia creciéndole por dentro a cada paso. Serj... ¿qué le había pasado? Si quería suicidarse, pues muy bien. ¿Cómo iba siquiera a sacar los zerg del taller? ¿Dónde iba a encontrar un comprador?

Para cuando Vik llegó a su transporte planetario, los ojos le ardían. Consiguió entrar donde nadie pudiera verlo antes de que se pusiera a llorar a lágrima viva. El llanto solo lo puso más furioso. Cogió una llave inglesa y la emprendió con la vieja consola del transporte planetario, donde él y Serj solían pasar horas fingiendo ser pilotos, soñando con que sobrevolaban algún exótico mundo selvático y hablando sobre sus planes acerca de irse del puerto.

Tras golpear y resquebrajar la consola, hizo añicos la polvorienta cubierta y luego se hizo un ovillo en el raído asiento de piloto. Agarró fuertemente la vieja espuma, los nudillos blancos, y hundió la cara en la tela húmeda. Lo peor era que sabía que Serj tenía razón. Vik se había ido corriendo a casa como un perro apaleado, huyendo a la primera señal de peligro para salvar el pellejo. *Naciste siendo un operario de puerto, y como tal morirás.*

No vayas. Ignóralo. Mantente al margen.

Era de noche. El transponedor de Ivan sonaba en la muñeca de Vik.

No vayas.

Pero fue.

Vik entró en el taller de desguace esperando ver el cadáver desollado de Serj colgando de unas cadenas, pero nada parecía anormal. Unos cuantos mercenarios andaban cansinamente por el interior reorganizando cajas de envío. Jace miraba las noticias de la UNN en una pantalla de vídeo. Todos los demás estaban sentados en una mesa, jugando a las cartas, fumando puros y metiéndose un lingotazo tras otro de whisky Scotty Bolger's Old No. 8.

Todos se giraron y miraron cómo cruzaba Vik la instalación. Normalmente nunca miraban.

Ivan apareció y sin abrir la boca lo condujo a la trastienda. Solo estaban encendidas un par de las luces del techo y costaba ver. Vik logró, no obstante, reconocer el congelador, justo donde lo había dejado.

Tal vez Serj había aparcado su estúpido plan. Quizás había recuperado el juicio y se había vuelto a los callejones a dormir hasta que se le olvidara cualquiera que fuera el sueño suicida que se había apoderado de él. O tal vez se había caído con todo el equipo.

"Estos zerg se están cotizando muy alto, ¿lo sabías?", preguntó Ivan.

Vik anduvo con cuidado, temiéndose uno de los juegos de Ivan. "Me lo imaginaba, jefe."

Ivan buscó en su bolsillo y sacó un puñado de créditos. Tintineaban mientras los sostenía. "Los chicos se llevarán una buena tajada. Supongo que tú también deberías recibir alguna cosita."

Vik estaba atónito. Sus ojos hambrientos se clavaron en las monedas, y una sensación de alivio lo invadió. *Serj... idiota. Pasar desapercibidos. Esconderse a plena vista. Obedecer. Esas son las reglas.*

"La lealtad siempre tiene recompensa", dijo Ivan mientras pasaba el otro brazo alrededor del hombro de Vik y le hacía girarse en dirección al redil principal.

"¿Los ves?" El jefe extendió la barbilla hacia los perros. Habían dejado de ladrar. Siempre lo hacían cuando Ivan andaba cerca. El operario miró, entrecerrando los ojos, las sombras cambiantes del redil.

"La gente siempre me pregunta por qué tengo a los sabuesos por aquí. Creen que soy alguna especie de amante de los animales. No es eso. Es porque son leales. Eso es todo. Eso es lo que nos diferencia de bestias como los zerg."

Vik oyó a los perros moviéndose en silencio, estrujando algo húmedo y pegajoso con las patas.

"Si hay algo que no soporto, es la desobediencia. Ya lo sabes."

Ivan abrió de repente la puerta de la jaula y dio un ligero empujón a Vik para que entrara. El operario dio unos pocos pasos vacilantes mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad. Los sabuesos brillaban... No... relucían. Como todo lo demás.

"Anoche el otro operario intentó robar los zerg. Mi producto. No llegó muy lejos. Dijo que actuaba solo, que tú no sabías qué tramaba."

Sangre. Cubría todo el suelo. Cubría a los perros. Uno de los sabuesos roía un hueso gigantesco. Humano. Vik retrocedió mientras su cerebro procesaba la espantosa escena, pero Ivan lo cogió por el pescuezo y lo arrojó hacia abajo. Las rodillas del operario golpearon el suelo y las manos le patinaron hacia delante, con la sangre arremolinándosele entre los dedos.

Y allí, justo ante él, sobre una pila de tela y cartílagos desgarrados, estaba mordisqueada su insignia de piloto.

"No lo sabías, ¿no?", continuó Ivan.

"Soy leal, jefe. ¡Soy leal!", gritó Vik.

"Tal vez. Pero no puedo ir repartiendo premios cuando no sé todo lo que ha pasado, ¿verdad?" Ivan se volvió a meter los créditos en el bolsillo. Se agachó y le susurró a Vik al oído, echándole su aliento cálido con olor a humo y whisky: "La próxima vez que te enteres de que alguien conspira contra mí, *me lo dices.*"

Ivan le dio al operario un último empujón que le hizo caer de bruces sobre la sangre.

"Limpia el redil antes de irte. Ya te llamaré cuando llegue el próximo envío." La puerta de la jaula se cerró dando un golpazo a espaldas de Vik. El repique metálico de las botas de su jefe se fue perdiendo poco a poco en la distancia.

El operario apretó la mano alrededor de la insignia y cerró los ojos para aislarse de todo, pero la sangre estaba aguardándolo en la oscuridad. Enormes oleadas de color carmesí se estrellaban en su mente, imágenes persistentes grabadas a fuego en su corteza visual a las que el miedo insuflaba nueva vida. A ciegas, intentó como pudo salir del redil, con manos y piernas escurriéndose en el resbaladizo suelo rojo. Un cálido aire metálico se adhirió a su lengua. Vomitó y se echó a temblar. Fue golpeando con la cabeza en la valla hasta que sus manos hallaron la puerta, y salió lanzándose en frenética embestida. El operario se desplomó sobre el suelo, con el pecho agitado por el cansancio. El terror, no obstante, había desaparecido. Y también cualquier otra sensación, como si hubiera quedado apartado del mundo exterior en algún débil intento de desviar la onda expansiva del trauma. Vik contempló el techo mientras su cuerpo se entumecía.

Poco a poco, en algún profundo lugar más allá del alcance de la conciencia, una falla se abrió en el operario. Vik —el soñador, el amigo, el terran— se hundió en los charcos de sangre que aún rondaban su mente. Lo único que quedaba era la bestia que había luchado por contener a lo largo de los años, el observador detrás de los ojos, alguien regido por vías neuronales oscuras y primarias donde la autoconciencia nunca se había aventurado. El ritual había quedado olvidado. La supervivencia pasiva había perdido su atractivo. El operario ansiaba algo más.

El dolor le quemaba la palma de la mano. El operario la abrió y vio la insignia roída y un hilo de sangre fresca donde esta le había perforado la piel. Observó cómo descendía el reguero rojo por los pliegues de su mano, los datos de toda una especie codificados en dobles hélices dentro del líquido carmesí.

Era la misma sangre que la de Ivan y la de cualquier otro tipo duro que conocía. Solo que ellos habían aprendido a usarla de otras formas. Las larvas no eran diferentes, pensó Vik mientras miraba el congelador a sus espaldas. Su capacidad para el cambio era aún mayor. Todo ese poder encerrado bajo sus gruesos caparazones... todo ese potencial. Eso debía de ser lo que había desquiciado a Serj: una idea de transformación tan radical que había puesto patas arriba su concepción del mundo. Se acabó lo de "Naciste siendo un operario de puerto, y como tal morirás."

Pero las larvas no poseían la clave para el cambio. No tenían lo que Vik tenía, lo que Ivan le había dado.

El operario se chupó la herida, saboreando su dulzor. A lo lejos oyó las risas que venían del centro del taller y el tintineo de las fichas de póquer que celebraban que llegaba el día de paga. Vik miró los repuestos, los vehículos oxidados y las cajas de envío de toda la sala como si fuera la primera vez, viéndolos a través de los ojos de una criatura nacida en un pozo de metal retorcido. Antes lo veía como una prisión, pero ahora era un patio de recreo lleno de las herramientas de su oficio. Su jungla de neoacero.

A las 9:00, Ivan y su banda irrumpieron en la trastienda. Vik los observaba desde las vigas del techo.

"¡Día de paga!", bramó Jace.

"El comprador llegará aquí en media hora, chicos", dijo Ivan mientras se acercaba a las jaulas de los perros junto a los demás mercenarios. "Cargamos la caja y nos vamos todos. Hacemos la entrega y luego volvemos y nos repartimos las ganancias. Lo de siempre. Todo sin complicaciones y así..."

"¡Jefe!" Jace se paró delante de la perrera. El contenedor estaba dentro, con la tapa abierta y colgando. Cerca de él había un enorme agujero en la alambrada, como si algo la hubiera perforado.

"Los zerg. ¡Han abierto la caja!", gritó otro mercenario.

"No saben abrir cajas", gruñó Ivan. "¿Jace?"

"Hice mis rondas como me dijiste, jefe", dijo el hombretón. "No puede haber salido nadie con los zerg."

Vik había visto a Jace pasear periódicamente por la sala. El operario había trabajado toda la noche, ocultándose en las sombras cada vez que el mercenario venía a inspeccionar.

Los ojos de Ivan recorrieron toda la sala. "Entonces están aquí. ¡Vacíad todas estas cajas!"

Los trabajadores se movieron a toda prisa por la angosta estancia, presos de la incertidumbre. Los perros esquistos aullaban más fuerte que de costumbre. Las mandíbulas se les llenaron de saliva. Olían el miedo.

"¡Aquí hay uno, jefe!" Jace señaló con su mano rolliza a lo alto de una pila de contenedores. El caparazón espinoso de una larva asomaba por el borde, justo donde Vik la había dejado. El fornido hombre se encaramó por los contenedores y tiró del alienígena para sacarlo. La criatura estaba hecha un ovillo, con el cuerpo pegado con cola industrial. El operario se alegraba de haberle encontrado un uso a la larva muerta.

"Debe de haberse arrastrado aquí arriba." Jace le dio la vuelta al alienígena mientras lo sostenía en brazos. "Está enroscado."

"¡Pues desenróscalo y mételo en la caja!", ordenó Ivan. "Encontrad los otros."

"Vamos, cabroncete." Jace agarró los extremos de la larva con sus enormes manos. "Eso no te va ayudar para lo que te espera."

Vik se colocó las gafas térmicas y las ajustó para que atenuaran luz y calor. *Empieza el espectáculo.*

Jace le dio un tirón a la lava para abrirla, activando el racimo de granadas de fragmentación que el operario le había colocado en el estómago. La explosión mandó despedidas las piernas del mercenario en direcciones opuestas y redujo el resto de su cuerpo a una lluvia de pedazos biomecánicos.

Vik cogió un improvisado panel de control que había conectado a la instalación eléctrica y accionó una serie de interruptores. El primero sobrecargó el generador central del taller, dejando sin corriente los reflectores. Se activaron los generadores de emergencia y la sala se iluminó con los tonos carmesí de las luces estroboscópicas.

El segundo interruptor detonó a distancia una docena de granadas que había desperdigado en los contenedores de envío apilados contra la pared del fondo. Bolas de fuego brotaron en la sala. Un estruendo sacudió las paredes. Trozos de metralla fundida salían despedidos en todas direcciones, matando a un tercio de los compinches de Ivan.

"¡ZERG!", chilló alguien.

Los mercenarios se dispersaron y se pusieron a cubierto. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! La banda vació precipitadamente sobre las sombras todas sus armas: pistolas, escopetas y fusiles de asalto.

Vik accionó el último interruptor. Cargas de termita estallaron frente a la jaula que contenía a los perros. La valla de la estructura quedó hecha un pegote derretido. Los aterrados animales salieron en tromba del redil, abalanzándose sobre cualquiera que se interpusiera en su vía de escape. El caos era absoluto.

El operario se deslizó por una escalera de mantenimiento y se metió en un recinto de vehículos vacío donde había cargado las otras dos larvas en una carretilla flotante. Empujándola, se abrió paso sorteando aquella carnicería gracias a la visión prodigiosa que le conferían sus gafas térmicas.

Avanzó a toda prisa por un lado de la sala, colocando la carretilla entre él y el frenesí de perros y mercenarios. Una lluvia de balas perdidas impactaba en los caparazones de las larvas y regresaba rebotada al tumulto.

Una vez fuera, Vik se desprendió de las gafas térmicas y empujando la carretilla se fue directo al puerto propiamente dicho de Deadman's Port. Al recordar su escapada, el operario advirtió que Ivan había desaparecido durante la refriega. Se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta antes. La ausencia del jefe debería haber sido un aviso.

Detrás de él rugió el motor de un transporte. Unos neumáticos arañaban la tierra del suelo. Vik miró por encima del hombro y vio a su jefe, acelerando hacia él en su bestia de metal de cuatro ruedas. El operario se escurrió por los callejones familiares de su hogar. Tras unos cuantos giros y vueltas perdió de vista el transporte, pero el rugido de su motor resonaba por las callejuelas. Era imposible de ubicar.

Otros operarios asomaban la cabeza desde sus improvisadas casas construidas con restos de naves abandonadas para ver a qué se debía aquel jaleo. Vik los ignoró y apretando los dientes empujó la carretilla hacia la calle de enfrente. Corría hacia el otro lado cuando en una esquina cercana apareció a todo gas el transporte de Ivan.

Todo sucedió tan deprisa que Vik solo tuvo tiempo de apartarse cuando el vehículo embistió la carretilla. El impacto hizo trizas a una de las larvas e hizo saltar a la otra por los aires, junto al operario. Vik rodó por el suelo, maltrecho y magullado, pero vivo.

El alboroto atrajo a más operarios. Venían dando grandes pasos por la maraña de calles. Se subían a lo alto de los cascos de naves abandonadas y de imponentes hacinas de áspero neoacero. Docenas de ojos asilvestrados engastados en rostros cubiertos de inmundicia miraban atentamente la calle. No venían para intervenir. Venían para observar. Las peleas significaban muerte, y la muerte significaba cosas que rapiñar.

Ivan salió del transporte con una pistola de agujas en la mano. Recogió un trozo de la larva muerta, lo miró por unos instantes y luego lo arrojó al otro lado de la calle, gritando. Era lo más parecido a una emoción que Vik había visto jamás en su jefe. El operario obtuvo una macabra satisfacción por haber hecho añicos la máscara del señor del crimen.

"¿Qué parte de nuestra charla de anoche no entendiste?", preguntó Ivan. "Eres escoria, pura escoria. ¡Un animal como el resto de estas sanguijuelas!", chilló, agitando el arma hacia los operarios que miraban.

A menos de un metro de Vik, la larva viva arañaba con sus patas el camino de tierra. El operario se arrojó el alienígena, usándolo como escudo, y se levantó con dificultad.

Ivan avanzó dando grandes zancadas y apuntó la pistola hacia el operario, pero la bajó conforme se acercaba. "No. Voy a molerte la cabeza como hice con el otro operario. Lloró, ¿sabes? Gimoteó como un perro. Ni siquiera tuvo el honor de morir como un hombre."

Su risa se convirtió en una tos ronca, a la que siguió un hilo de sangre que le cayó por la boca. El pulso de Vik se aceleró al verlo. Echó un vistazo completo a su enemigo y descubrió una mancha roja apenas perceptible en su estómago, tapada en parte por la chaqueta de su traje negro. *Recibió un balazo en el tumulto...*

Las glándulas suprarrenales de Vik inyectaron en su torrente sanguíneo una nueva descarga de adrenalina. Su visión se aguzó, centrándose en el animal herido que estaba en su territorio. Su sangre hervía, y de repente sintió una oleada de invencibilidad. No era un operario. Era la expresión más pura de la supervivencia, el portador de un código genético pulido y perfeccionado por la selección natural en el transcurso de su existencia como terran.

"Que esto sirva de lección." Ivan agarró el mono de Vik mientras se dirigía a los demás operarios. "Mi producto, mi..."

Vik clavó los dientes en la mano de Ivan y le arrancó un jirón de carne. Se abalanzó como un resorte apoyándose en las puntas de los pies y blandió la larva hacia abajo. Su jefe disparó un tiro desviado justo cuando el caparazón espinoso del zerg le desgarraba el traje, la carne y tocaba hueso.

Y entonces Vik tenía inmovilizado a Ivan en el suelo, golpeando a su jefe con la larva una y otra vez. El caparazón chocaba con crujidos secos, destrozando huesos. Su sangre le pedía a gritos más, y dio rienda suelta a sus deseos hasta que el señor del crimen no era más que pulpa en el suelo. El operario triunfante se levantó, sosteniendo la larva por encima de su cabeza. Su cuerpo estaba cubierto de sangre, como una nueva piel, un símbolo de superioridad que resultaba más elocuente para los suyos de lo que jamás lo serían las amenazas, los títulos o los créditos.

La mayoría de los observadores se mantuvo a distancia. Algunos incluso se encogieron en una especie de reverencia animal. Pero uno se echó hacia delante para hacerse con la pistola que se le había caído a Ivan, impulsado por el deseo de vencer al nuevo campeón y reivindicar su supremacía.

Vik profirió un grito inhumano mientras le asestaba una patada en el esternón al aspirante. El operario gritó de dolor y rodó por la tierra. Se retiró lentamente, derrotado. Cabizbajo. Como todos, observó Vik. Ni uno solo de los operarios tenía el valor de mirarlo a los ojos. Estaban asustados. Eran suyos.

"¡El taller de Ivan está abierto! ¡Los primeros que lleguen, para ellos!", bramó.

Los operarios gritaron entusiasmados, alzando sus sucios puños al cielo, y se dispersaron en dirección a la instalación. Vik se les habría unido, pero tenía una fortuna en las manos. Las patas de la larva se agitaban sin parar en el aire. Se preguntó si comprendía su victoria, si era consciente de lo lejos que había llegado con él.

Vik detuvo con un chirrido el transporte de Ivan al borde de la polvorienta zona de aterrizaje que pasaba por puerto estelar de la ciudad. Saltó del vehículo, vestido con una camisa y unos pantalones raídos. Se había quitado el mono y había envuelto la larva en él para no llamar la atención del personal del puerto. La ropa ocultaba al alienígena por completo, haciendo que Vik pareciera un operario más que cargaba con algún trasto inútil.

Estuvo a punto de pasar por alto la nave del comprador. La rata de laboratorio había sido lista: la nave destartada y de aspecto vulgar no desentonaba allí. Si se dio cuenta fue por el tipo regordete que esperaba fuera, bien afeitado y ataviado con un mono negro recién planchado. El representante de Branamoor, recordó Vik que había dicho Ivan. Seguramente lo habrían asaltado de no haber sido por los guardias armados —mercenarios, por su aspecto— junto a él.

Vik se dirigía hacia la nave cuando le sobrevino una oleada de cansancio. Cada contusión y arañazo recibidos en las últimas veinticuatro horas se hicieron de pronto dolorosamente evidentes. De repente la larva pesaba una tonelada en sus brazos gomosos. Al cambiar la postura con que sujetaba el zerg envuelto, de los pliegues del mono cayó la insignia de piloto. El operario se quedó mirándola un instante, sin reconocer al principio qué era.

Pero algo en su interior sí la reconoció. La niebla primaria que le enturbiaba la mente se disipó. Fragmentos de su antiguo yo, encerrados en su subconsciente, se removieron. Luchó por reprimirlos, por contener esas partes débiles e innecesarias que tan funestas eran para la supervivencia.

"No somos como ellos: eso es lo importante. No somos animales", oyó decir a la voz de Serj.

"Cállate...", gruñó Vik. Pisoteó la insignia para silenciar aquella voz no deseada. En su interior, su otra mitad pugnaba por encaramarse al pensamiento, armada con recuerdos, responsabilidad y sentimiento de culpa.

"Cuando nos larguemos al fin de este peñasco, nos integraremos entre la gente. Seremos auténticos terran."

Vik tropezó. Imágenes del pasado lo golpeaban como un tren magnético: el cuerpo de Jace haciéndose pedazos, los perros esquistos desgarrando las gargantas de los aterrorizados mercenarios y los restos de Ivan embadurnando la calle. En realidad no había visto nada de aquello cuando ocurría. No había sido él; había sido otra persona. Otra cosa.

"Vik...", dijo el operario mientras caía de rodillas. "Soy Vik."

El representante del comprador lo miró con expresión de asco, ajeno al tesoro que ocultaba bajo su mono ensangrentado. Los ojos de aquel hombre, fríos y calculadores, le recordaron a Vik los de Ivan. El operario abrazó a la larva de forma protectora, pensando en figuras impasibles con batas de laboratorio blancas pinchando al alienígena con extraños dispositivos. La libertad estaba a unos metros, y tan solo costaría una vida más, que además era alienígena y sin uso de razón. Solo un sacrificio más para completar esta senda de sangre...

"Los dos nos olvidamos..." Vik arrancó la insignia del suelo y se alejó del representante de Branamoor. "Los dos la fastidiamos. Debería haberme quedado... haberte quitado esa idea de la cabeza. Podríamos haber encontrado otra forma."

Se desplomó al borde del puerto estelar, con el cuerpo inerte por el agotamiento. Durante horas estuvo allí sentado viendo a las naves ir y venir. Al final la nave de la rata de laboratorio se fue con las manos vacías.

La larva murió esa misma noche. Sus patitas dejaron de moverse y su cuerpo se agarrotó. Vik cavó un hoyo en el suelo y depositó al alienígena dentro. Se quedó de pie ante la tumba, pensando en todos los vídeos de la UNN que había visto sobre los zerg. Cualquier otro terran habría llamado monstruo a la larva, pero el operario no. La criaturilla no se había convertido en uno. Los zerg cambiaban de piel cuando se convertían en máquinas de matar, pero la piel de los de la especie de Vik seguía igual. Escondían a sus bestias detrás de cuidadas máscaras de aparente normalidad. Tal vez eso hacía que su especie fuera más peligrosa que un millón de alienígenas sedientos de sangre marchando en estampida hacia una colonia indefensa. Al menos a los zerg los veías venir.

Cuando Vik comenzó a echar tierra sobre la tumba, un nudo se le hizo en la garganta. Se dio cuenta de que en su ataque de terror y desapego emocional no había sentido nada por la muerte de Serj. Pero al mirar a la larva medio enterrada ahí abajo se le despertaron esos sentimientos latentes. Era la primera vez en su vida que había visto algo muerto, y se sintió realmente triste... La primera vez que sabía lo que era sentirse como una persona de verdad.

A la mañana siguiente, Vik dio el transporte de Ivan a un grupo de contrabandistas a cambio de un sitio en la bodega de carga de su saltacharcos. En ningún momento les preguntó a dónde iban. Aparte de la ropa que llevaba a la espalda y de la insignia de Serj en el bolsillo, dejó atrás todo lo demás. El que subió por la rampa de la nave era simplemente Vik. El soñador. El amigo. El terran.